

EL OFICIO DE LA CERÁMICA, UN PORTAL CÓSMICO PARA EL ESPÍRITU

Ceramics, a cosmic portal for the spirit

Juan Pablo Jaramillo Gutiérrez

Maestro en Artes Plásticas, Facultad de Artes, Universidad de Antioquia.

juanpjg91@hotmail.com
<https://orcid.org/0009-0002-9038-5639>

Resumen

Este texto es un conjunto de reflexiones propiciadas por la experiencia de residencia artística enfocada en la fenomenología y en los fundamentos científicos y poéticos de la cerámica con la ingeniera Claudia Silva como tutora y directora del laboratorio de creación artística Arte+Ingeniería en Medellín, Colombia, programa orientado en investigación/creación, en el campo de las artes plásticas, completamente personalizado. Las reflexiones parten de establecer una relación entre los procesos planetarios que dan como resultado la obtención de materiales arcillosos y el trabajo en el taller del ceramista, con la filosofía poética de Gaston Bachelard, lo cual me permite identificar y exponer el paralelo existente entre los fenómenos cosmológicos y las experiencias vivenciadas con los materiales en el proceso de la cerámica. El acto creativo a través del barro abre la posibilidad para ensoñar activamente nuestra relación íntima con el cosmos, pudiendo así, desde nuestro trabajo, reconocernos como materia de universo en medio de nuestro cosmos pulsante y activo.

Palabras clave: arte, cerámica, fenomenología, Gaston Bachelard.

Abstract

Within this text I portray a set of reflections based on my experiences during an artistic residency focused in the phenomenological research of the scientific and poetic fundaments of ceramics. The course was led by the engineer Claudia Silva, director of Arte+Ingeniería

production studio in Medellín, Colombia. This was a research/creation-oriented program in the field of visual arts, completely tailored to my specific interests. Beginning from the planetary processes that result in the formation of clay materials and the work in the ceramist's studio, I further explore and find a strong relation with the poetic philosophy of Gaston Bachelard. This allows me to identify and expose the parallels between the cosmological processes and the experiences with the materials during the production of ceramics. The creative process through clay allows us the possibility to actively explore our intimate relationship with the cosmos, where we recognize ourselves as matter in the midst of our active universe.

Keywords: art, ceramics, phenomenology, Gaston Bachelard.

El Sol está alto en el cénit y las nubes no se encuentran en el cielo esta tarde. El poder de este astro está siendo condensado y dirigido a un pequeño punto, gracias al gran lente que sostengo en mis manos. Las gafas de soldadura me permiten contemplar esta diminuta pero poderosa estrella. Mi piel no está al alcance de la luz solar; guantes, vestimenta completa, sombrero, un traje improvisado pero necesario, me protegen de la inclemencia de este cuerpo celeste al mediodía, con un cielo despejado.

Una esfera de barro que contiene trozos de diferentes metales y óxidos metálicos es el nuevo objetivo de este rayo que incinera todo lo que encuentra en su paso. Escucho a la superficie de la arcilla estremecerse ante tanta energía, una serie de estallidos surgen a continuación. Cada uno de ellos deja tras de sí una huella, un impacto, un cráter. Volatiliza partículas a su entorno, funde los metales presentes. Un pequeño meteoro, un microasteroide, un nanoplaneta, un nuevo mundo empieza a cobrar a vida. Esta cascada energética invita a las moléculas a “abandonar los aspectos exteriores, para ver *otra cosa*, ver más allá, ver por dentro [...]” (Bachelard, 2006, p. 20), les permite interactuar mucho más íntimamente.

Este encuentro con la materia, este fenómeno que propicio y percibo por primera vez, detona en mí un fuerte interés por la cerámica como medio técnico, creativo y expresivo; creo que hay un enorme potencial de creación resguardado en los fenómenos físico-químicos presentes en estos materiales y procesos. También surgen cuestionamientos en torno a los medios, a través de los cuales obtenemos conocimiento, al igual que a la relación que tienen los diferentes tipos de saberes con nuestra condición humana.

Empiezo a preguntarme por la relevancia o función de ciertos conocimientos conceptuales, los percibo habitando en un mundo ideal, alejados de mi percepción inmediata, de mi realidad humana. Descubro que sumergido en el fenómeno que es la creación de estas obras solares, me acerco a un conocimiento que está más conectado con mi condición terrícola: “Una potencia aclaradora subjetiva realza las luces del mundo” (Bachelard, 1982, p. 275). Edmund Husserl, en *La idea de la fenomenología*, plantea: “La realidad no

es un hecho bruto separado de nuestro contexto de experiencias, sino que precisa de la subjetividad para articularse conceptual y comprensivamente” (Husserl, 2011, p. 166). Encuentro aquí una síntesis de nuestra realidad, que me lleva por el camino de buscar el conocimiento de un modo cada vez más fenoménico: “Uno debería mirar solo a los fenómenos mismos, en lugar de hablar de ellos desde *arriba* y desde ahí hacer construcciones sobre ellos” (Husserl, 2011, p. 119).

En medio de esta búsqueda por profundizar en el campo de cerámica, y de consolidar mi entendimiento de las posturas fenomenológicas en cuanto a la realidad y a los fenómenos que en ella ocurren, e intuyendo un deseo de “Volver a las cosas mismas [...] volver a este mundo antes del conocimiento del que el conocimiento habla siempre...” (Merleau Ponty, 1975, p. 9), lle-go al encuentro del laboratorio de creación Arte+Ingeniería en Medellín, Colombia, liderado por la ingeniera Claudia Silva, como tutora y directora del programa “Residencias artísticas en investigación, creación y producción”. Este tuvo una duración de tres meses y estuvo dividido en dos secciones:

1. “Fenomenología: el encuentro de una mirada con sentido”. En esta primera sección realizamos lecturas y conversatorios en torno a la bibliografía primaria y secundaria de Edmund Husserl y Maurice Merleau Ponty.

También fue de particular interés estudiar el método fenomenológico y se llevaron a cabo diferentes ejercicios prácticos, incluyendo a los demás residentes, con el fin de comprender mejor y afianzar la utilización de dicho método para la investigación/creación en el proceso artístico.

2. “Fundamentos científicos y poéticos de la cerámica”. Esta segunda fase la iniciamos con el estudio de los principales fundamentos químicos y mineralógicos de la cerámica.

En las salidas de campo a una mina de arcilla ubicada en el sector Cabeceras, en el oriente antioqueño, y durante una caminata para caracterizar y conocer los diferentes minerales, suelos y procesos geológicos presentes en el corregimiento de Santa Elena, Antioquia, recolectamos una amplia variedad de materia prima cerámica. Con estos insumos, procedimos a realizar una serie de pruebas técnicas, buscando catalogar estas tierras según sus límites de plasticidad, coeficientes de contracción-expansión y de absorción, color y textura de la pasta quemada, y pérdidas por ignición.

Una vez terminada esta fase técnica, usamos estas arcillas para plantear ejercicios y juegos de gramática visual, que nos permitieron

fortalecer nuestra comprensión del lazo que existe entre el lenguaje y este medio expresivo.

Paralelamente, nos introdujimos en la bibliografía primaria de Gaston Bachelard, buscando un aliado para adentrarnos en el camino de la aprehensión de las esencias poéticas y simbólicas de los *elementos* en nuestra imaginación.

Para culminar el proceso de residencia, hicimos salidas de campo al Taller Girona, de la ceramista Vicky Girón, ubicado en Envigado, Antioquia, y al Taller Kandil, de la ceramista Eugenia Flórez, ubicado a las afueras del Carmen del Viboral, Antioquia. También efectuamos un recorrido por diferentes talleres y por la ruta de la cerámica de dicho municipio. Con estas salidas, pudimos contextualizarnos frente a la realidad del campo de la cerámica artesanal en la actualidad e identificar las dificultades y los aciertos con las que contamos en la región.

Gracias a esta experiencia de residencia artística y entendiendo que “la conciencia no se concibe como un contenedor vacío en que se depositan los objetos de conocimiento o sus representaciones, sino que responde a una compleja síntesis temporal de constitución de esos mismos objetos” (Husserl, 2011, p. 17), obtengo la capacidad y la confianza para adentrarme en el rico y amplio mundo de la cerámica como medio expresivo. Ello me permite acercarme a cada proceso de creación con la intencionalidad clara de vivenciar el fenómeno que es en sí cada encuentro entre la materia y mi conciencia en el terreno de la creación: “La fenomenología de la imagen nos pide que activemos la participación en la imaginación creadora” (Bachelard, 1982, p. 16).

El presente ensayo es, pues, una serie de reflexiones motivadas por los encuentros anteriormente planteados, en donde busco hacer una aproximación a estos campos del conocimiento desde el descubrirme a mí mismo por medio de los fenómenos que develo y vivencio en mi proceso creativo: “Cuando investigamos la manifestación de los objetos, también nos descubrimos a nosotros mismos como aquellos a quienes el objeto se manifiesta” (Husserl, 2011, p. 30).

La mina de arcilla en la batalla milenaria

Rocas ancestrales, verdaderos documentos históricos de nuestro planeta; seres que por milenios han creado para sí —y para todos los terrícolas— el mismo mundo en el cual vivimos, desdibujan la frontera entre los conceptos de *contenedor/contenido*, minerales que poseen una doble cualidad

en su ser: son, y habitan en, las entrañas de la Tierra. Vivenciándola, son parte de su contracción y expansión constantes, soportando las presiones compresoras de esta gran esfera flotante. Estremeciéndose por el calor del fuego vital bajo nuestros pies y por el frío que de los cielos viene a acariciar el suelo, resisten las sacudidas tempestuosas del planeta: “a diferencia de los otros tres elementos, la *tierra* tiene, como primera característica, una *resistencia*” (Bachelard, 1991, p. 17).

Sin embargo, todo acto de resistencia siempre será finito. Las fuerzas universales llevan existiendo más tiempo que el ser más antiguo y lo seguirán haciendo después de que ya no existan seres para percibirlos. No existe tal cosa como resistir eternamente —no obstante, Atlas aún resiste, los cielos todavía no se han caído sobre nosotros—.

La vitalidad se desvanece, aparece un fallo, una debilidad, a causa de llevar tanto tiempo tal carga a sus espaldas: una grieta, múltiples grietas. Se lleva a cabo una subdivisión exponencial; las presiones planetarias estaban esperando pacientemente este momento. Los volcanes, únicos mensajeros desde tiempos inmemorables entre el *inframundo* y el *supramundo*, también jugaron sus cartas en esta disputa.

El acto de resistencia va llegando a su fin, las rocas son forzadas a la superficie. La atmósfera no les da una bienvenida pacífica, no tenían cómo imaginarse lo que sería estar por fuera del cobijo de las profundidades: “La atmósfera entera es respirada por la tierra en una respiración cósmica” (Bachelard, 1982, p. 270).

Inclementes, los vientos, las lluvias, los diversos fenómenos atmosféricos caen con todo su poder sobre estas ya extenuadas rocas, cuya batalla milenaria está por llegar a un final. Grano a grano, partícula por partícula, son desintegradas y mezcladas con otras rocas cuyo destino no fue diferente del suyo. La destrucción por la que pasaron fue tan eficiente que ahora son las partículas más finas que se encuentran en el suelo terrestre. Son tan pequeñas que, cuando el agua viene a jugar con ellas, se constituyen en una masa plástica que es en sí *la tierra* misma como elemento: son rocas maleables. Bachelard nos dice: “en el sueño cósmico del alfarero, la mina de arcilla es una inmensa amasadera en que las tierras diversas se baten y se mezclan [...]” (Bachelard, 1991, p. 104). Mi conciencia onírica me lleva a decir que tenía razón.

La roca, para ser destruida, exige ser dividida en las mismas partículas que la constituyen; hasta que no haya una desintegración total de la roca, esta sigue siendo una roca. Sin embargo, su esencia mineral no se ve modificada... su esencia pétreo jamás le será arrebatada. Es a causa de esta única manera posible de ser destruida que los restos de las rocas vencidas, con

un poco de asistencia del agua y del fuego, renacen, triunfantes, preparadas para una nueva contienda con el cosmos.

El ser humano y su ensoñación ante la materia

El ser humano se inmiscuye en este proceso. Se descubre a sí mismo como aliado. En un principio, el barro le ayuda como herramienta para construir objetos y almacenar recursos, solucionando necesidades básicas. El ser humano asiste y cuida al barro en su camino transformativo de ser *materia blanda* para convertirse en *materia dura*, en su devenir materia pétreo.

No tarda el ser humano en descubrir que aquella pasta quemada conserva en sí todo su pasado; en comenzar a sensibilizarse frente al potencial de ensoñación que alberga la existencia de aquel material: “Es suficiente con que a solas se les ofrezca una masa a nuestros dedos para que entonces estemos en aptitud de echarnos a soñar” (Bachelard, 1982, p. 254); en anhelar la sensación de la arcilla en sus dedos cuando, para él, se encuentra en el punto ideal para ser tocada: “En la imaginación de cada uno de nosotros existe la imagen material de una *pasta ideal*, una perfecta síntesis de resistencia y de flexibilidad, un maravilloso equilibrio de las fuerzas que aceptan y de las fuerzas que rechazan” (Bachelard, 1991, p. 92).

El ser humano se da cuenta que su relación con este material va más allá de una utilización funcional; se permite percibirlo como manifestación de su propia conciencia: “existe en toda toma de conciencia un crecimiento del ser” (Bachelard, 1982, p. 15).

Estando ya habitado por esta materia, el ser humano descubre que quizá una de las lecciones que tiene por aprender de este aliado es lograr acceder a un hermoso lugar dentro de su propia conciencia del cual hay demasiado que aprender y aún más por disfrutar. Bachelard lo describe como “la belleza íntima de las materias [...] todo ese espacio afectivo concentrado en el interior de las cosas” (Bachelard, 1991, p. 15).

A medida que se profundiza en la labor con el barro, de trabajar largamente, de ir desarrollando el proceso requerido y finalmente encontrar los resultados que tantos esfuerzos reunidos han logrado crear, empieza a existir una conciencia de que la esencia del hacer representa más que la existencia tangible de un objeto en el mundo. El objeto terminado es importante y su nueva presencia viene cargada de infinitas interpretaciones; sin embargo, me atrevería a decir que el placer de terminar una creación se concentra, principalmente, en que se crea la posibilidad de soñar nueva y libremente por medio de otro —aún no resuelto— plan de trabajo. Y es que “El trabajo pone al trabajador en el centro de un universo [...]”

(Bachelard, 1991, p. 41), de un cosmos donde todo lo que en él habita lo hace a modo de energía potencial. Es un espacio en el que la creación está vinculada a cada acto, a cada pensamiento, donde no está nada creado aún, pero no existe tal cosa como un imposible. “[...] toda materia imaginada, toda materia meditada, es inmediatamente la imagen de una intimidad” (Bachelard, 2006, p. 14): nos aislamos en nuestro taller, cerramos la puerta a nuestras espaldas. Abrimos las compuertas de un universo paralelo que nos es más propio, nuestro universo de intimidad.

El universo de intimidad y el taller del ceramista

El universo es demasiado hermoso para no ser vivenciado por alguien, y tranquiliza el hecho de que por lo menos todos los terrícolas estamos aquí presentes para vivenciarlo. ¿Y nuestro universo de intimidad... está ahí porque lo vivenciamos o lo vivenciamos porque está ahí? “El hombre de la ensoñación y el mundo de su ensoñación están muy próximos, se tocan, se compenetran. Están en el mismo plano del ser [...]” (Bachelard, 1982, p. 238).

De lo que sí puedo estar seguro es que ahí está, y de que la única persona que lo puede vivenciar es cada uno de nosotros, desde nosotros mismos. Es imposible compartirle a otro, en su totalidad, la gran imagen poética que es nuestro universo; sin embargo, “la imaginación no es otra cosa que el sujeto transportado dentro de las cosas. Las imágenes llevan entonces la marca del sujeto” (Bachelard, 2006, p. 13). Es por esto por lo que en ocasiones creo que lo que buscamos con el arte es poder transmitir, así sea solo una pequeña parte, cómo se configura nuestro cosmos personal.

Este es un espacio que se vive y se sueña en soledad, pero es esta una soledad creadora. “La ensoñación cósmica, tal cual la estudiamos, es un fenómeno de la soledad, un fenómeno que tiene su raíz en el alma del soñador” (Bachelard, 1982, p. 29). Bachelard la llama *la soledad activa* y en ella “el hombre quiere escarbar la tierra, perforar la piedra, tallar la madera. Quiere trabajar la materia, quiere transformarla. El hombre ya no es un simple filósofo *ante* el universo” (Bachelard, 1991, p. 39). Y esto es quizá lo que más disfruto de poder habitar en el taller un espacio como estos: nuestro universo paralelo nos obliga a salir de un estado contemplativo, para tomar acción desde la consciencia como cocreadores de un mundo donde no hay una línea temporal entre la génesis y la vivencia... en este espacio, el acto de creación y el acto de percepción son simultáneos:

[...] queda claro que la conciencia es esencialmente apertura al mundo. Luego, en un proceso de reflexión sobre sí misma, esta se descubre como autoconciencia y, por último, en este ejercicio de autorreflexión, se hace visible la función constitutiva del yo como condición de posibilidad de manifestación de las cosas. (Husserl, 2011, p. 28)

Los sueños que se viven en activa comunicación con el taller no solo se limitan al espacio físico que ocupa: “La ensoñación de un soñador alcanza para hacer soñar a todo un universo” (Bachelard, 1982, p. 102). Es este un lugar en el cual podemos ver reflejado el universo entero y es nuestro taller un espacio que vemos reflejado en todos los rincones del cosmos: “una meditación del taller se agranda hasta dar una meditación del universo” (Bachelard, 1991, p. 74). Creo que esta frase de Bachelard es un consejo en vez de una afirmación: permitámonos presenciar lo infinito en medio de nuestras acciones finitas.

Imaginando mundos

Cuando estamos frente al barro, no es posible desligar su presencia de las nociones del *afuera*, de *la Tierra*, del *paisaje*. Su existencia nos hace preguntar: ¿de qué lugar viene? ¿Cómo era su hogar? ¿Cómo ha sido su vida, su historia... qué vivencias ha tenido previo a estar en nuestras manos? ¿Cómo fue modificado el paisaje al que pertenecía —y creaba— debido a su obtención? En la concepción de la idea de paisaje no solamente queda en evidencia cómo se percibe el afuera; nosotros, nuestra subjetividad, está intrínsecamente unida a ese afuera percibido, quedando expuesto quienes somos cada uno en la manera en que concebimos la realidad a la cual tenemos acceso: “Un mundo se forma en nuestra ensoñación, un mundo que es nuestro mundo. Y ese mundo soñado nos enseña posibilidades de crecimiento de nuestro ser en este universo que es el nuestro” (Bachelard, 1982, p. 20). Podríamos decir, entonces, que, por medio del barro, el *paisaje del afuera* nos ayuda a descubrir y edificar nuestro propio *paisaje interior*, y es este mismo mundo interno lo que construimos haciendo uso del barro que desde su esencia hace que nos soñemos a nosotros mismos en relación con el mundo: “Las imágenes tienen entonces una raíz. Siguiéndolas, nos adherimos al mundo, nos enraizamos en él” (Bachelard, 1982, p. 295).

Y por esto me parece relevante el construir, plástica y conceptualmente, mundos imaginarios. Cuando me encuentro trabajando en mi taller, siempre mi “imaginación imaginante en su búsqueda de imágenes imaginadas” (Bachelard, 1991, p. 10) se halla a sí misma imaginando mundos —distantes, cercanos, *macromundos*, *micromundos*—: “imaginar un cosmos es el destino más natural de la ensoñación” (Bachelard, 1982, p. 44).

Habiendo un universo completo al alcance de nuestra imaginación, me parece fundamental que nos preguntemos por nosotros mismos en medio de este gran sistema, no solo limitándonos a la percepción de la realidad que conocemos y a la cual tenemos acceso físico, sino trascendiendo nuestra condición de habitantes de un planeta específico a ser habitantes de un universo completo, activo y vivo. Soy simpatizante de las palabras de Bachelard cuando

dice: “el paisaje se hace carácter. Solo se le comprende dinámicamente cuando la voluntad participa en su construcción [...]” (Bachelard, 1991, p. 85).

El oficio del alfarero y sus ensoñaciones cósmicas

El oficio del alfarero, esa labor de conocer profunda e intencionalmente al elemento *tierra* y su participación en el planeta, de permitir la aparición de una empatía pura y constante con él, enriquece en gran medida la relación entre lo cósmico y la unidad indivisible del artista y su taller, y la idea de lo astral como presencia activa en lo terrenal.

La salida de campo del alfarero, a través de la cual fortalece el lazo afectivo con su entorno geológico, esas largas caminatas llevando una pequeña pala y decenas de recipientes para la recolección de insumos, con la mirada clavada al suelo y a todo lo que allí ocurre, comunicándose mutuamente, maravillándose por cada encuentro que realiza, es un acto de aprendizaje universal: “los lazos del alma humana y del mundo son fuertes. En ese caso lo que vive en nosotros no es una memoria de la historia sino una, memoria del cosmos [sic]” (Bachelard, 1982, p. 182).

En esta cita con la Tierra, el ser humano llega a conocer el mundo bajo sus pies y el mundo arriba de sus ojos. Al hacerlo, se hace consciente de que ocupa un lugar privilegiado entre lo macro y lo micro, y se da cuenta —conscientemente— de que, en sus propias dimensiones, él es un mundo con la capacidad de soñar otros mundos: “El hombre solitario posee directamente los mundos que sueña” (Bachelard, 1982, p. 238). Y de esta forma aprende a conocerse a sí mismo como mundo: “el descenso en las entrañas de la tierra es uno de los símbolos más activos para estudiar el inconsciente” (Bachelard, 1991, p. 288).

Los astrofísicos nos han permitido entender que toda la infinitud del universo está constituida por los mismos elementos y átomos fundamentales. Resulta, así, que esta mirada a las *profundidades* tiene el mismo potencial que la mirada puesta arriba en los astros para trascendernos a través del cosmos. Vivimos en —y somos— el resultado de un evento cósmico/estelar. La bóveda celeste se ilumina con el espectáculo de millones de estos eventos. Hay tanto arriba como lo hay abajo. A fin de cuentas, absolutamente todo es universo; la primera condición de existir es primero ser universo.

Con estos diversos suelos en su poder, con estos fragmentos de fenómenos universales en sus recipientes, este artesano de la tierra regresa a su taller, con una sonrisa en su rostro por el regalo preciado que lleva entre sus manos. Comienza a procesar estas diferentes tierras con su mente fija en múltiples metas. Con su conocimiento y experiencia se acerca respetuosamente a

los minerales que ya reposan sobre su lugar de trabajo, pensando: ¿qué diálogos entre estas tierras puedo propiciar? Su deseo por conocer profundamente a la materia, a estos elementos con tanta vitalidad en sí como cualquier partícula del universo, es inagotable. La riqueza de sus ensoñaciones se ve nutrida por cada aprendizaje descubierto en su interacción con los minerales: “Aparece una unidad más estable cuando un soñador sueña con materia, cuando en sus sueños llega ‘hasta el fondo de las cosas’” (Bachelard, 1982, p. 264). Por encima de todo, “La materia es un centro de sueños” (Bachelard, 1991, p. 82). Tal vez uno de los aprendizajes que la materia alberga para nosotros sea lograr soñar activamente mientras se crea y tener la creación como centro de nuestros sueños; poder dinamizarnos hacia un ensueño cósmico a través del acto creativo.

A medida que nos permitimos soñar a través del barro, la *tierra* sedienta, que en su interacción con el *aire* es incapaz de contener el *agua* que tanto anhela, va lentamente secándose, encogiéndose un poco, cambiando de color, de textura, frágilmente conteniendo aquellos sueños que en ella depositamos; ya no es aquella masa plástica que convertimos en nuestras ideas y que retiene nuestras huellas. Su fragilidad es implacable, el más mínimo descuido vencerá la débil unión entre estas partículas de rocas. La transformación se detiene, el aire ha cumplido su trabajo. Es necesario recurrir a las cualidades del *fuego* para que el cambio no cese, para que el devenir de esta materia sea permanente.

En nuestro interés y necesidad por comprender más íntimamente a la materia, a través del tiempo hemos ingeniado un gran número de herramientas que nos permitan alcanzar altas temperaturas. Cuando miramos este ejercicio desde una perspectiva cósmica, podemos deducir que lo que hemos intentado hacer es recrear las condiciones extremas del cosmos de una manera controlada aquí en la tierra, con el fin de poder propiciar el desarrollo de diversos fenómenos universales. “[...] la materia nos da el sentido de una profundidad oculta, nos ordena desenmascarar al ser superficial” (Bachelard, 1991, p. 132). Y esta idea de llegar a una profundidad absoluta, de no quedarnos solo en la superficie de la realidad, es lo que intentamos hacer con la materia a través del horno: llevarla a sus extremos, forzarla un poco más allá.

Las estrellas son las fábricas de mundos que se encuentran en todo el universo. En ellas son las extremas temperaturas y presiones lo que lleva a que los diferentes elementos interactúen entre sí y generen nuevos elementos y moléculas, permitiendo la creación de mundos nuevos y siempre cambiantes. En el proceso cerámico se decide qué materiales serán puestos a merced del horno, en donde —al igual que en los eventos estelares— las reacciones físico-químicas crearán nuevos y sorprendentes resultados. El horno es entonces nuestro propio sol en la tierra.

Este encuentro entre el fuego y el barro es una danza armónica propiciada y cuidada por el alfarero; es un diálogo entre estas sustancias que requiere una duración prolongada y un cuidado meticuloso para llegar al hallazgo de verdaderas intimidades: “Una ensoñación de intimidad —de una intimidad siempre humana— se abre para quien entra en los misterios de la materia” (Bachelard, 1982, p. 117). Las diferentes rocas pulverizadas se ayudan entre sí para vivenciar armónicamente el fuego, para fluir apropiadamente; para encontrar en su fusión la génesis de una nueva roca, de un nuevo fragmento de materia que ahora petrifica nuestros sueños más profundos. El cambio ocurrido en la arcilla es definitivo, no hay vuelta atrás; la batalla cósmica de una roca es milenaria.

Le entregamos el barro al fuego. Nos absorbe por completo el poder hipnótico del barro resplandeciente dentro del horno, recuerda al universo; una vista que quisiéramos poder contemplar por más tiempo: “El calor está en nosotros y nosotros estamos en él, en un calor igual a nosotros mismos” (Bachelard, 1982, p. 290). El barro cocido, en cada encuentro, nos permite ver un poco de ese calor universal resguardado en su dureza, en su timbre, en lo que sentimos cuando lo tocamos... Si nos permitimos ser ávidos soñadores, podremos escuchar, en el rompimiento de una pieza cerámica, el rugir del fuego contenido.

La cerámica es una de las herramientas que tenemos para traer a nuestro alcance, a nuestra escala, diversos eventos cósmicos. Gracias a ella, “Entramos en el reino del *yo cosmizante*” (Bachelard, 1982, p. 307). Imaginamos mundos en el taller y luego se los entregamos a las condiciones estelares del horno, permitiéndonos una sensación de ser creadores de mundos cada vez que abrimos la puerta para inspeccionar la más reciente quema.

Somos nosotros quienes entramos y salimos de ese horno; son nuestros deseos, nuestros sueños, nuestra huella, nuestra forma de acercarnos a la vida, nuestro preciado tiempo... somos nosotros, a través del barro, quienes en cada quema nos sumergimos en el fuego estelar, con la esperanza de que la antigua leyenda del ave Fénix sea más que solo una leyenda.

Cesa el destello. Se escucha el canto triunfante que incapaces de contenerlo emiten algunas de las piezas al enfriarse. Seguimos aquí. Ha sido un fuego purificador. Es momento de contemplar en qué nos hemos convertido.

Referencias

Bachelard, G. (1982). *La poética de la ensoñación*. Fondo de Cultura Económica.

Bachelard, G. (1991). *La tierra y los ensueños de la voluntad*. Fondo de Cultura Económica.

Bachelard, G. (2006). *La tierra y las ensoñaciones del reposo*. Fondo de Cultura Económica.

Husserl, E. (2011). *La idea de la fenomenología*. Herder Editorial.

Merleau Ponty, M. (1975). *Fenomenología de la percepción*. Ediciones Península.

Para citar este artículo: Jaramillo Gutiérrez, J. P. (2021). El oficio de la cerámica, un portal cósmico para el espíritu. *Artes La Revista*, 20(27), 114-125.